

«Ad vos nunc convertar, studiosa juvenus: vos Archidioecesis Toletanæ legitima estis spes: vos novellæ nunc plantæ, aliquando arbores eritis frondosæ sub quarum umbrâ beneficâ populus Christianus quiescet; vos præliaturi estis magna prælia Domini adversus hæreticos et recentiores errores infeliciter undique grassantes. ¿Vultis igitur induere militum Christi armaturam? ¿Desideratis ad ministerium Sacerdotale aptè atque congruè præparari? Audite tunc hæc Sancti Caroli Borr verba et nunquàm á vestra memoria recedant. «Cum igitur duo præcipue in Sacerdote, et animarum Pastore requirantur, probitas videlicet, ac doctrina; earum utraque in Seminariis est cõparanda.» (1) Et certe quidem, Sacerdos sine scientiâ suo ministerio est indignus; ita Spiritus-Sanctus per Osseam inquit. Quia tu scientiam repulisti, repellatu te, ne Sacerdotio fungaris mihi. (2) Sacerdos etiam virtutem si non acquireret et ab omni malo habitu non secerneret, sui muneris ecclesiastici incapax redditur, nam ut Divus Bernardus loquitur: «Nemo fidenter reprehendat, in quo se esse irreprehensibilem non confidit.» (3) Ut videtis, scientiâ et virtute indiget Sacerdos, ac proinde tam studio litterarum quàm orationi vacare debet assidue, qui á Deo suam in sortem et hæreditatem vocatus fuerit: viri bus ergo agite, juvenes dilectissimi, adepturi boni Sacerdotis dotes, ut cum in Dei ministerium ex hac domu scientiarum transplantati fueritis, Toletani Seminarii honor sitis et gloria; et in animarum bonum agentes mercedem copiosam á Deo accipietis.»

Terminada la lectura, prestó juramento el claustro de profesores, y la comitiva abandonó la Capilla, dirigiéndose al comedor. En su centro había una mesa lujosamente aparada con artísticos platos de confitería, selectos y abundantes vinos y licores y tabacos de las mejores marcas.

Los señores cardenal y obispo auxiliar, alternando en amistosa conversación con familiaridad y exquisito buen gusto, como los señores rector, vicerrector, deán etc. etc. recibieron felicitaciones de todos los concurrentes, que no citamos porque sería tarea muy larga para el lugar de que disponemos.

Al anciano prelado, que con satisfacción indecible vió ese día cumplida una generosa aspiración de su alma, le enviamos, como periodistas y amigos, un entusiasta aplauso por la obra realizada. Y como nuestra voz representa poco al lado de las que oyó este, para él célebre, día, á ellas nos remitimos. Ya sabe cuáles son:

(1) S. Carol. Institut. Seminar., par. 3, cap. 1.

(2) Cap. 4.º, v. 6.º

(3) Apolog. ad Guillelm. Abb. circa finem.

las de aquella juventud revestida con sus becas; juventud de este siglo que aspira á una enseñanza ilustrada que produzca clérigos sabios, desposeídos de añejos rutinarios, que hagan, como es, compatible la doctrina del Divino Maestro con el progreso moderno, luces, ambas, que ni se perjudican ni se ofenden, como ha demostrado el Emmo. Sr. D. Miguel Payá y Rico. Las otras voces también bendecirán siempre la obra del cardenal. Son las de esos *honrados hijos del trabajo* que con herramientas humildes levantan esos templos á la ciencia que en ellos enseñan tan sabios maestros.—O.



Las tres palmas

I

Surcando el mar de las Indias en una humilde goleta, navegan tres franciscanos con rumbo á las Mascareñas. Crucifijos son sus armas, sayales sus vestimentas, y todas sus ambiciones predicar la Buena Nueva á idólatras africanos de un islote que gobierna Tikolo, joven cacique de valor é inteligencia. Dispuestos van á vencer ó á morir, aunque más cierta que la victoria es la muerte entre furias que rastrean al desdichado europeo que á tales costas se llega, ignorante del peligro ó botín de la tormenta.

II

Han transcurrido seis años, y en un vapor de alto bordo arriba el inglés sir Nuhn, sabio de los más famosos. Lleva trescientos obreros, armados hasta los ojos, anhelante de explotar filones de cuarzo y oro. Y los explota tranquilo, pues el país es muy otro, no ya inculto y carnicero, sino industrial y ortodoxo, aunque con ciertos resabios de cuando el negro Tikolo sacrificara á dos monjes á sus canibales odios. Y si respetó al tercero, debióse al *quid* misterioso con que sanó de una herida por los remedios del teólogo.

III

Contento vive sir Nuhn acumulando riquezas, al lado de amante niña que se trajo de Inglaterra para Venus de un Olimpo de egipcias, yankées y armenias. En torno de su morada,

verdaderamente regia, se extiende una población que por instantes aumenta, con fábricas, y almacenes, y casinos, y academias, que comunica el teléfono é ilumina luz eléctrica. Y no hé menester decir (instituciones añejas) que en la ciudad no hay un templo, ni una cruz en las escuelas. Así lo dispuso el docto mecánico de la isleta, chiflado tan de remate de pensar en la minera, que aspira á escalar el cielo sin medios para la empresa. Mucho tiene de Calígula, y no poco le molesta que el fraile que sobrevive de continuo le reprenda su liviandad y avaricia, que á nadie y nada respetan. Mas él, que es hombre de alientos, al franciscano degüella, y quemando crucifijos, y enseñando que la ciencia, y el progreso, y qué sé yo, muy cuerdamente se befan de los cultos positivos, anuncia á son de trompeta: —¿De qué nos sirven los curas? ¡Acabemos con la Bestia! No hay más Dios que la razón, ni más Ley que la Conciencia.

IV

Y el anuncio se abre paso, motivando ruin consorcio de africanos y europeos hijos del mismo demonio, contra el amo enriquecido, señuelo de sus enojos, para atacarle los unos, abandonarle los otros; y partirse mutuamente sus queridas y tesoros. Con lo que, rota la valla, se arma un día tal jolgorio, que en él perece sir Nuhn entre las zarpas del ogro. —¡Salvajes!, murmura el débil, acogido á su escritorio. —Salvajes civilizados, le replican como locos: Y hecho el reparto de bienes, agujijón del alhoroto, los traidores liban copas hasta rendirse beodos. Hora en que sale á la playa el fiero adalid Tikolo con la desmayada inglesa sobre sus fornidos hombros. Y contemplándola ahito de sus materiales logros, canta al rumor de las olas de aquella noche de monstruos: —Pues no hay otro Dios, ni Ley, que los que sueña el antojo, destruyamos cuanto existe, familia, propiedad, todo. Mi razón es el placer, Mi conciencia..... la del lobo.

V

Pero al acabar el canto, fulguraron tres cometas que, cruzando el horizonte, mostraban por cabelleras